

En la Playa

¿S

E puede...?

No me atrevo a entrar sin pedir permiso al lector, pues desde que me dormí en esta sección de "ESTUDIO" para despertar en otra, es mucho el tiempo que ha transcurrido; y puede suceder sea ya desconocido, o haya sido olvidado este pobre y humilde Solitario.

Por eso pido licencia; y sin más cumplimientos, de los que soy enemigo declarado, me presento y ofrezco, no sé si adornado de las dotes que necesito, pero sí con gran bagaje de buena voluntad.

Y aquí estoy; en esta playa de mis amores y aficiones, sobre esta piedra mi amiga y confidente, a la vera de las olas, de estas risueñas y coquetonas olas, que cada vez que las visito e interrogo, me hablan con lenguaje nuevo, que penetra en mi espíritu, y que yo comprendo mejor, mucho mejor que el otro que me hablan los hombres, cuando me veo obligado a sufrir el infernal bullicio de la vida social.

Es la hora del crepúsculo; hora de quietud y silencio, bañada de dulces melancolías que convidan a mirar al cielo; a ese cielo ubérrimo de consuelos y esperanzas, con las que el alma se alimenta, cuando hastiada de lo terreno porque la tierra no la comprende, entra en mística conversación con ese azul donde pronto parpadearán las estrellas.

Suena la campanita del Angelus, cuyos ecos llegan hasta aquí alegrando la soledad...

¡La campanita del Angelus! ¿No es ella la más dulce, la más suave, la que con su vocecilla se introduce corazón adentro, desdoblado misteriosamente los pliegues del alma, y convidándola pensar en algo que no es ni pertenece a la tierra? Yo no sé si por estar relacionado el simpático cimbalillo con la tierna Madre de Jesús y de los hombres, pone en mi corazón y en mis labios, con el rezo del Ave-maría, todas las dulzuras y mieles del

paraíso. ¡Me es tan consolador, al oírlo, elevar mi vista al cielo; y descubierta, saludar y felicitar a María...!

Entretanto el día agoniza, y luchan las sombras con la última claridad. Y las olas van acercándose, una tras otra, cansadas, jadeantes, moribundas, sin fuerzas para llegar a mis pies, y besar esta piedra con sus labios de espuma.

¿De donde vendrán?... ¿Qué playas habrán visitado...? ¿De qué escenas habrán sido testigos en su larga peregrinación...?

¿Qué habrán oído en los puertos, a la hora de las tristes despedidas...? ¿Qué impresiones y recuerdos guardarán?...?

¡Ah! Quié sois vosotras, olas amigas, las mismas que un día escuchasteis, tristes como yo, aquella luctuosa despedida que hizo sangrar mi corazón; y oísteis, llorando, el último adiós que dí a aquel ser querido, al que más he amado en el mundo, confundiendo las mias con sus lágrimas, como se confundieron en un abrazo nuestros cuerpos.

¿Lo recordáis, olas amigas...? Fué en una playa, hermosa como esta a la que acabáis de llegar, una playa henchida de luz y de vida; y fué una tarde, al desmayarse el sol, cuando subí al vapor que vosotras sosteníais, acompañado de aquella persona amada, que también conocéis, porque en aquel día de tantos recuerdos la visteis triste, llorosa, sin apenas poder hablar, fija la vista en vosotras que nos mirabais compasivas, asociadas a nuestro dolor.

Allí, sobre cubierta, me dirigió las últimas palabras, que yo guardo y conservo como preciada reliquia en el altar de mi corazón; y escuché con luto en el alma su postrer adiós, empapado en lágrimas, que de sus ojos fluían cálidas y quemantes. ¡Las últimas palabras! porque ya no he oído más su voz, que tenía el don de matar mis penas; voz de madre, ¡y qué madre! Ni la esperanza me queda de oírlo más, pues ya se fué a la patria donde no existe el llanto, ni el dolor

de las ausencias, ni las crueldades de la muerte.

Aun la veo en esta hora, aún la estoy viendo, cuando el vapor zarpó, fija e inmóvil en el puerto, que cada vez iba quedando más distante. Aún la veo alzar su mano bendita donde tantas veces posé mis labios, y agitar el pañuelo al compás de los latidos de su corazón destrozado como el mío.

Y como si la naturaleza hubiese querido asociarse a nuestro dolor, la noche tendió el manto de sus sombras, precisamente cuando la distancia se interponía como cortina inmensa. ¡Cuántas veces miré y volví a mirar, queriendo divisar su figura en los intermitentes y amigables destellos del faro...!

¿Sois vosotras, olas amigas, que tan rendidas llegáis, sois vosotras las que recogisteis, en aquella tarde de indecibles tristezas, las lágrimas ardientes que mi ausencia arrancó de sus ojos. ¿Las guardais todavía en vuestro líquido seno? ¡Ah, yo os envidio, olas queridas!

Guardadlas, guardadlas con cuidado, y no permitáis que sean profanadas. Huid lejos, cuando veáis se acercan a vosotras los monstruos que atraviesan los mares. Acordaos que esas lágrimas de que vais enriquecidas, por ser de una madre, son santas, y están consagradas con la unión del amor y del dolor.

Y si volvéis a aquella playa bendita, hermosa como ésta, llegaos con respeto; y besad con suavidad y cariño el lugar donde estuvo ella, fija e inmóvil, como la imagen del dolor. Y después volved de nuevo, que aquí os espero, y contadme vuestras impresiones; decidme de aquellos lugares, de aquel puerto, donde dejé trozos de mi corazón...

Y tú, lector, si no te parece bien hayan brotado de mi pluma esos recuerdos, dispénsame. Escribo hoy, aniversario de aquella despedida; y no he sabido hablar más que de ella, de mi adorada madre.

EL SOLITARIO.

CAVANNA, ABOITIZ & AGAN
ABOGADOS

Roxas Bldg. N.o 212

Tel. 572

MAXIMO VICENTE

Talleres de Pintura, Escultura, Platería y Mar-molería. Prontitud y Psmero en los Encargos

Imágenes, andas, altares, púlpitos, ornamentos de Iglesia, Mausoleos, Monumentos, Bordados en oro, Lápidas, etc.

830-34 R. Hidalgo, Manila

Tel. 3528